

DE VAILLAND A HANS MAGNUS

NUEVA EDITORIAL.—Barcelona se distingue de Madrid, en el campo de la producción de libros, por el gran número de editoriales existentes —lo que revela una vitalidad cultural más acentuada— y por la apertura, la amplitud temática y la modernidad, en suma, de los textos que tales editoriales publican. La capital catalana se halla especialmente sensibilizada para captar los movimientos intelectuales de patente europea, particularmente francesa o italiana.

Dentro de esta línea de avanzada aparece ahora, en el mercado español —todavía tan estrecho, aunque la curiosidad despertada por la reciente Feria madrileña induce a suponer lo contrario—, una nueva casa editora catalana, que por su muy reciente nacimiento no hemos podido incluir en la encuesta recogida números atrás en estas páginas. Se llama Editorial Anagrama y sus propósitos, a corto y largo plazo, son serios y ambiciosos. La dirige Jorge Herralde y prestará atención, de una manera preferente, a todas aquellas obras de psicología, economía, sociología, crítica literaria y filosofía que vean la luz fuera de nuestras fronteras y contengan visiones o aportaciones nuevas, avaladas por firmas de prestigio. Desde el «situacionismo» al «estructuralismo», pasando por todas las nuevas escuelas que, a pesar de su escasa edad —al menos en el nivel de la moda—, poseen un sólido arraigo, todo cuanto en el ámbito de la cultura represente un progreso o un debate fecundo tendrá cabida, según expresa declaración del promotor, en las distintas colecciones que Anagrama tiene en cartera. Las dos primeras obras ya han estado presentes en la Feria del Libro de Madrid: «Laços (Teoría del Libertino)», de Roger Vailland, y «Detalles», colección de ensayos de Hans Magnus Enzensberger.

VAILLAND, EL CONTRADICTORIO. ¿Será justo considerar contradictorias o divergentes las distintas corrientes del pensamiento asumidas, siempre hasta el fondo, por Roger Vailland? En todo caso hay que subrayar la fecundidad, amplia y profunda, de tales contradicciones. A raíz de su muerte, publiqué en estas mismas páginas una semblanza en la que intentaba mostrar cómo se conciliaban en Vailland posiciones que ningún dogmático se atrevería a aceptar en su conjunto: antes al contrario, separaría, en riguroso método escolástico, cada una de ellas, para salvarlas o condenarlas con arreglo a su código o al esquema de referencias vigente coyunturalmente. Porque en Vailland se daban —en la vida y en la obra— el vitalismo en profundidad, el erotismo rigurosamente abordado, el marxismo siempre en los límites de la heterodoxia y ya plenamente en ella al final de su existencia, cuando ciertos mitos que la habían presidido se derrumbaron.



Roger Vailland

Laços

Teoría del libertino

EDITORIAL ANAGRAMA

El libro de Vailland que Anagrama nos ofrece en versión castellana contiene un riguroso análisis del libertino —a través de la biografía y de la obra de Laços—, tal como surge en la última parte del siglo XVIII. La agudeza de este análisis queda probada en el desarrollo de una tesis a nuestro modo de ver consistente y veraz: Vailland subraya con énfasis, bien apoyado en una rigurosa lógica y sobre una información completísima, el divorcio existente entre autor y personaje, Laços y el libertino vizconde de Valmont, vinculando este divorcio a la situación social francesa de la segunda mitad de la ciudad centuria, a la ideología revolucionaria encarnada entre el 89 y el 93, a su papel de «organizador» de los jacobinos en su periplo hacia el poder. Vailland marca con especial fuerza las diferencias radicales que se dieron entre el marqués de Sade y Chordelos de Laços. Pero una ambición más profunda informa el planteamiento de su estudio: la de establecer cómo las relaciones entre los hombres, injustas en el «ancien régime» como en el reinado de la burguesía que le siguió, ahogan la realización de la libertad. Esta fue, por lo demás, una de las preocupaciones intelectuales que mejor le definieron como escritor, como el gran escritor que fue.



Detalles

EDITORIAL ANAGRAMA

EL INTELLECTUAL SIN MIEDO.—Sí, el intelectual valeroso que ha sido y es Hans Magnus Enzensberger —basta recordar su participación en el Congreso Cultural de La Habana y su consecuente actitud con respecto a los principios formulados en el mismo— nos proporciona en «Detalles» (también de Editorial Anagrama) un magnífico ejemplo de cómo puede ejercerse una labor cultural desmitificadora, clarificadora, si el escritor se vuelca entero en su trabajo, desafiando todos los riesgos. Su estudio sobre el periodismo, aquí recogido, el que dedica a la manipulación industrial de las conciencias y a la literatura como bien de consumo, lo mismo que el resto de los ensayos aquí incluidos, todos referidos a temas muy concretos («Poesía y política», «El caso Pablo Neruda», «Las aportas de la vanguardia», etc.), perfilan la excepcional estatura intelectual de este alemán, poeta y ensayista. Penetrante siempre, no le asaltan los miedos que han sofocado la voz de otros al dirigir su mirada a una zona o a la contraria. Para decirlo más expresivamente, su actitud vital y las tesis de su obra se inscriben en una línea independiente, progresiva, transformadora. Siempre valerosa, siempre ajena a toda suerte de interferencias. Admirable es, por ejemplo, por su agudeza y originalidad, el análisis que realiza de la poesía de Pablo Neruda. Es una pena que el título del libro, «Detalles», invite a imaginarse un contenido de menor valía. Quede, pues, bien rotunda en estas líneas la afirmación de su calidad. ■ E. G. R.

HISTORIA DE UN PEDESTAL

Las tres fotos no pueden resultar más patéticas, porque es el caso de que su orden va de más a menos, es decir, de ese monumento a Valle alzado en Pontevedra, con su busto y su pedestal, a esa cabeza caída, achatada por las pedradas y desprovista de todo soporte.

La historia es bastante larga y bastante vieja. Fue en el 54 cuando don Juan Argenti Navajas, alcalde de Pontevedra, regaló la estatua a la Puebla del Deán. Allí, en las cercanías de las que fueron calles valleinclinascas, morada del escritor y de muchos de sus personajes —allí está la finca donde pasó la historia de «Cara de Plata», allí viven aún los últimos descendientes de Montenegro, etc., etc.—, se levantó de nuevo la estatua de don Ramón, sometida a las inclementes pedradas de la chiquillería. Cuentan que ya para entonces el pedestal —formado por dos bloques de granito del Salnés— fue al fondo del mar, sirviendo de ancla, y que poco después la estatua pasó al desván de la Casa Consistorial, donde permaneció varios años, justo hasta el día en que Atilano Lamas, alcalde de la Puebla, decidió que la estatua fuese conducida a lo alto de la Curotiña, en paraje antaño frecuentado por don Ramón, teniendo a vista de pájaro toda la ría. Allí estuvo, perdida en la falda del monte, entre matorros, sobre un nuevo y minúsculo pedestal. Y allí ha perdido ese soporte, cayendo de bruces, alzándose de nuevo, yendo de un lado para

otro, convertida en testimonio un tanto dramático del escaso amor y comprensión de los suyos.

¿Dónde está el primitivo pedestal? En una nota de marzo del presente año se dice que se hacen las averiguaciones necesarias para dar con su paradero. Sin embargo, en julio del 68 ya se contaba —en «Correo Gallego»— la historia de las piedras sumergidas en el mar, y antes, en una carta firmada por Pedro Sanz y publicada en «El Ideal Gallego», el 25 de enero de 1966, ya se reclamaba el pedestal originario, perdido en el «viaje» del monumento de Pontevedra a la Puebla.

Decir que se hacen averiguaciones para descubrir el paradero del pedestal igual resulta, cuando menos, ridículo. Estas cosas ni se roban como los relojes ni se pierden. Ni siquiera en las películas de Berlanga.

Un pedestal «no hace» un escritor. Pero resulta bueno que entre todos evitásemos historias como ésta, en el minuto y hora en que el nombre de Valle Inclán figura —basta pensar, por ejemplo, en la jira del María Guerrero por la América de lengua castellana— a la cabeza de los dramaturgos españoles contemporáneos. Quien, en definitiva, se queda sin pedestal somos nosotros, los españoles.

Claridad, pues, «a quien corresponda». Y que el monumento a Valle en lo alto de la Curotiña no sea motivo de vergüenza para nadie.

FESTIVALES 69

Cine español en San Sebastián

Está ya en plena marcha la ronda de Festivales. Apenas terminado Cannes empieza San Sebastián, y a continuación irán sucediéndose, sin apenas tiempo para trasladarse de unos a otros, Berlín, Moscú, Karlovy-Vary, Pula, Venecia... España, en principio, estará presente en todos. Como lo ha estado en años anteriores. Y sin que los organismos responsables de la elección de las películas que concurrirán a cada uno de los certámenes acaben de cogerles el pulso. Así ha ocurrido lo que ha ocurrido en Cannes, donde nunca debió presentarse «España otra vez», película que, en su ambigüedad, no resiste el paso de las fronteras y la exhibición en un marco donde se llama a las cosas por su nombre, y que reincide, por tercera vez consecutiva, en el Festival de la Costa Azul —«Peppermint frappé», que debió proyectarse el año pasado, no cuenta, ya que su proyección no llegó a llevarse a cabo—, en el tema de los flamencos. Así es posible que en Berlín se llegue a una saturación del cine de Saura, cuya «Madriguera» será el cuarto de sus films asistentes al certamen —los anteriores fueron «Llanto por un bandido», «La caza» y «Peppermint», estos dos últimos galardonados con el Oso de Plata a la mejor dirección—, como lo es el que en Moscú constituya un fracaso previsible la aberrante «Celestina» de Ardeván, según parece el film con mayores posibilidades de envío...

Queda, en el medio, San Sebastián. Y, a priori, la selección para el certamen español parece la más adecuada. Habrá dos films nacionales en concurso: «El desafío» —que parece que a última hora se llamará «Los desafíos»— y «El cadáver exquisito». El

primero es una «opera prima» por partida triple, al tratarse de un film de sketches, cada uno de los cuales ha sido realizado por un director debutante. Claudio Guerin, a quien se debe el primero, es, como sus compañeros, diplomado de la E. O. C., y ha llevado a cabo una interesante labor en televisión, donde ha sido responsable de espacios de calidad como «Ricardo III», «Fausto», «El cepillo de dientes», «La última cinta», «El portero»... José Luis Egea trabaja en cine publicitario y ha colaborado en el guión de «El próximo otoño», de Antonio Eceiza. Víctor Erice intervino en el mismo guión y en el de «Oscuros sueños de agosto», de Miguel Piçazo. Su película, que interpretan Dean Selmier, Francisco Rabal, María Asunción Balaguer, Teresa Rabal, Alfredo Mayo, Julia Gutiérrez Caba, Julia Peña, Luis Suárez y Daisy Granados, está compuesta por tres episodios independientes entre sí, cuyo denominador común es la violencia, una violencia creciente del primero al último, y la intervención en ellos de un personaje que, aunque interpretado por el mismo actor —Dean Selmier—, es distinto en todos y cada uno, sin más rasgo de identificación que el de ser norteamericano. Producido por Elías Quejereta, a quien se deben algunas de las obras más importantes del «nuevo cine español», el film supone la incorporación a las tareas directivas de tres hombres jóvenes, preparados y formados, aparte de en la Escuela, en las páginas de la revista especializada «Nuestro Cine».

«El cadáver exquisito» es película realizada por Vicente Aranda, de cuya «Fata Morgana» puede decirse que arrancó el apasionante y discutido fe-